
León Felipe ante la crítica

En diciembre de 1968, publicaba Guillermo de Torre un artículo, «Interpretaciones de León Felipe»¹, donde pasaba revista a los comentarios críticos que se habían producido hasta ese momento sobre la obra del poeta, en fechas próximas. Señalaba dos de sus propios escritos, uno en el libro *Las aventuras y el orden*, y otro, biográfico, en *Antología rota*, de donde pasaría, ampliado, a las *Obras Completas* de León Felipe. Añadía el artículo de Concha Zardoya «León Felipe y sus símbolos parabólicos» en *Poesía española del 98 y del 27* (Madrid: Gredos, 1968) y el libro de Margarita Murillo, *León Felipe, sentido religioso de su poesía* (México: Grijalbo, 1968).

Si miramos estos años transcurridos desde esa fecha, encontraremos importantes novedades en el panorama crítico sobre León Felipe, pero todavía insuficientes para dilucidar muchos importantes momentos de su vida y aspectos de su obra. Como recuerdo y homenaje al poeta, estas páginas van a tratar de establecer un balance —provisional y necesariamente incompleto— de los escritos actuales sobre él, mostrando, a la par, alguna dirección hacia lo que nos queda por hacer y aclarar.

Se preguntaba Guillermo de Torre, en el artículo citado, si todas las exégesis sobre León Felipe y las glosas con que él las presentaba, no serían, en definitiva, inútiles, porque «León Felipe es un poeta que se glosa y parafrasea a sí mismo, aquél donde coinciden la poesía y la autocrítica y donde se identifican poesía y destino». Después animaba a los poetas a seguir la dimensión épica como camino necesario y, quizá, único. La poesía posterior no ha querido seguir esa insinuación de Guillermo de Torre y la crítica tampoco acepta enmudecer. Porque León Felipe es un poeta mucho más complejo, intenso y vigente de lo que pueda parecer y tarea de la crítica será ir desvelando esos rasgos, sus orígenes y las relaciones que mantienen entre sí. En definitiva, las glosas no son superfluas, sino necesarias.

I. Bibliografías de León Felipe

Tal vez a dos personas debamos los más importantes trabajos inaugurales sobre nuestro poeta. Son Electa Arenal de Rodríguez y Luis Ríus. La primera por su bibliografía y su interesante tesis. Por la biografía, que también fue tesis, el segundo. Volveremos luego sobre esos escritos.

La bibliografía de Electa Arenal fue publicada dos veces en el mismo año. En las *Obras Completas* de León Felipe (Buenos Aires: Losada, 1963, págs. 1039-1053) y en la revista *Cuadernos Americanos*, XXXI, 6 (1963), págs. 274-291. Recoge un gran número de artículos periodísticos, muchos de ellos de difícil localización. Vuelve

¹ *Insula*, 265 (diciembre de 1968), págs 1 y 10.

sobre este repertorio y lo completa, corrigiéndolo, a la vez, en la tesis doctoral que comentamos en el apartado V.2.

He intentado continuar parcialmente su trabajo, poniéndolo al día, con mi artículo «Aportaciones recientes para una bibliografía sobre León Felipe» (1965-1980) en *Anuario de Letras*, XXI (1983), págs. 297-317. Y casi simultáneamente ha aparecido otro interesante repertorio, de voluntad totalizadora, «León Felipe», en el volumen colectivo que publica José Simón Díaz, *Censo de escritores al servicio de los Austrias y otros estudios bibliográficos* (Madrid: CSIC, 1983), págs. 143-160. Su autora es Anne-Marie Couland-Maganuco.

De este modo, considero que hay un buen fundamento bibliográfico para iniciar y proseguir cualquier estudio sobre León Felipe, aunque muchos de los títulos recogidos y reseñados sean artículos de prensa breves, a veces generales. Pero no hay que comenzar ya esta tarea por el principio, sino en todo caso, completarla con nuevas aportaciones y con las correcciones necesarias. Doy por supuesto que en estos repertorios está la información más completa de que disponemos y paso a comentar solamente algunos artículos o libros significativos.

II. Ediciones y antologías

El volumen más amplio y manejable de las obras de León Felipe ha sido el titulado *Obras Completas*, publicado por la editorial Losada en 1963. Debe de ser ya un libro comercialmente inasequible. Sin embargo, ser la colección de textos más amplia y útil y tener la interesante introducción de Guillermo de Torre no le exime de algunas deficiencias que, a mi juicio, son: no recoge toda la producción del poeta hasta el momento de su publicación; suprime a veces poemas o altera el orden de aparición sin explicaciones; no señala los diversos estadios redaccionales de poemas y aún de libros enteros; tiene algunas erratas y cambios en la distribución de los versos, que no sabemos si son así por voluntad del autor o por accidente de la imprenta.

Más tarde, hacia 1967 y 1968, la Colección Málaga de poesía inició en México la publicación de los libros de León Felipe en volúmenes de tamaño reducido y con breves pero interesantes prólogos. Este empeño lo recogió, en cuanto a formato y distribución, Alejandro Finisterre, con la Colección León Felipe, de la que tenía 36 volúmenes anunciados. A. Finisterre ha hecho, además, las ediciones de las obras posteriores a 1963: *¡Oh, este viejo y roto violín!*, *Rocinante*, *Israel*, *¡El barro, el barro!*, etc., incluyendo la *Carta a mi hermana Salud*, que es anterior.

Actualmente, un empeño casi idéntico ha hecho que los mismos volúmenes vuelvan a aparecer en la colección de poesía Visor de Madrid, con dos novedades: el poema *El Gran Responsable* (1940) del que no existían ediciones asequibles que yo haya conocido, y una recopilación de últimos poemas (ya publicados) bajo el título *Puesto ya el pie en el estribo*, que el editor ha tomado de una dedicatoria del poeta, tal como muestra la reproducción de la página autógrafa en el libro.

Pienso que esta última edición en volúmenes sueltos ha sido un importante servicio para el conocimiento y difusión de la poesía de León Felipe en España. Tenemos su poesía en una edición pulcra, ordenada y manejable. Sin embargo,

echamos de menos la edición más completa y rigurosa que será, necesariamente, resultado de una larga e importante tarea, a partir de la situación actual, resumida en los siguientes puntos:

1. Nos falta, prácticamente, toda la prosa de León Felipe. La que aparece en las *Obras Completas* es importante, pero era escasa cuando se publicó y en los últimos años han aparecido más escritos antiguos no conocidos.

2. Respecto del teatro, todavía permanece inédita una versión (a mi juicio muy hermosa) de la obra de Christopher Fry, *Que no quemén a la dama*. León Felipe llegó a conseguir su representación en México, pero un desafortunado malentendido hizo que el escritor irlandés retirara su permiso y, desde entonces, la traducción permanece guardada. Seguramente hay también fragmentos y borradores rechazados de las otras versiones.

3. La poesía presenta los problemas de edición más graves. Algunos libros no ofrecerán demasiadas sorpresas (*Versos y oraciones*, *El Ciervo*, ¡*Oh, este viejo y roto violín!*) Pero todavía hay una versión grabada de «La Gran Aventura», anterior a la impresa en el libro y con notables variantes. En otros libros, los problemas son muchos, bien por cambios, bien por supresiones y, casi siempre, por inclusión repetida de textos. Habrá que considerar los publicados primeramente en las revistas y varios que, sin ser inéditos, los podemos considerar olvidados y casi perdidos.

Por otra parte, contamos con algunas antologías. La más amplia es la de Gerardo Diego, publicada por la editorial Espasa-Calpe en formato de lujo (1975) y luego en rústica (Selecciones Austral, 1977). La más clásica, que queda hoy incompleta para un conocimiento actualizado del poeta, pero que tiene textos originales, es la *Antología rota*, añadida ahora en la *Nueva Antología rota*. Alianza Editorial publicó dos breves volúmenes antológicos de prosa y de verso, con selección de A. Finisterre (Madrid, 1981) (El libro de Bolsillo, 831 y 837, respectivamente). Más recientemente ha aparecido otra Antología en México (Ceestem-Ed. Nueva Imagen, 1983. Col. Cuadernos Americanos, 3), titulada *El Bardo Peregrino* y prologada por E. Arenal.

Está a punto de aparecer, publicada en Zamora, la selección antológica que ha preparado L. García Lorenzo para la conmemoración del centenario del nacimiento del poeta. La revista *Peña Labra* reprodujo en 1980 algunos autógrafos. Respecto de otras ediciones, acabaré con las que preparé para las editoriales Alhambra y Cátedra, anotadas y con estudio preliminar, de *Versos y oraciones de caminante (I y II)*, con *Drop a Star* y *Ganarás la Luz*, en los años 1979 y 1982, respectivamente, porque tratan de ofrecer algunas precisiones en el camino hacia esa edición deseada, completa y crítica.

III. La biografía

El primero que, según mis noticias, puntualizó datos importantes de la vida de León Felipe fue Guillermo de Torre. Desde 1968, el libro de Luis Ríus, *León Felipe, poeta de barro (Bibliografía)* (México: Col. Málaga) se ha convertido en la obra imprescindible. Lamentablemente, debe de estar agotada y sería muy útil una reedición que incorporara textos suyos posteriores, así como alguno de León Felipe a él dirigido.

Pero *Poeta de barro* es mucho más que una biografía. Hay un análisis continuo,

esclarecedor, humanísimo de la poesía de León Felipe, perfectamente integrado con la descripción, la palabra viva y el dato. Deja todavía zonas oscuras y muchos aspectos de la vida cotidiana en México sin explicar. Se trata de cuestiones anecdóticas que entonces no tenían mucho sentido, pero que ahora nos interesan.

Otros textos que completan datos y noticias sobre el poeta son los siguientes, distribuidos según etapas cronológicas:

1. Sobre la vida santanderina y madrileña, mencionemos los artículos de Domingo J. Samperio: «Paseos por Santander con León Felipe», *Índice*, 127 (1959), pág. 2; A. García Cantalapiedra, «Santander en la vida y en el recuerdo de León Felipe», *Peña Labra*, 13, 1974, con importantes datos, y Gerardo Diego en el «Prólogo» a la antología citada y en varios otros lugares: «León Felipe», *Cuadernos de Agora*, 67-70 (1962) y «Fechas de León Felipe», *Insula*, 265 (1968), pág. 1. Con motivo del centenario ha insistido en sus memorias con «La novela de una tienda», *ABC*, 11 de abril de 1984.

2. Sobre la actividad en la guerra civil creo que hemos reunido pocos datos, aunque sean tan interesantes como los que nos cuentan María Teresa León y Rafael Alberti en «León Felipe, ese violín joven», *Litoral*, 67-69 (1977), págs. 230-234 y en *La arboleda perdida* (Barcelona: Seix Barral, 1975). Tienen también valor los recuerdos de José Domingo: «León Felipe en Valencia, 1937», *Insula*, 265 (1968), págs. 7 y 12. Recientemente he conocido el libro de J. Toryho *No éramos tan malos*, donde dedica buen número de páginas a explicar sus conversaciones con León Felipe en la retaguardia de Barcelona. No me atrevo a pronunciarme sobre su valor.

3. De la vida de León en América existen testimonios fragmentarios, considerando todo lo que dice L. Ríus en su libro y en «Notas para un retrato de León Felipe» (número citado de *Insula*, págs. 6 y 12). Los recuerdos de A. Villatoro se refieren a un episodio del viaje por América meridional. Hay que añadir las menciones de Jesús Silva Herzog, Juan Larrea y otros amigos del poeta. Más recientemente ha aparecido el libro de Amelia Agostini de del Río, *León Felipe: el hombre y el poeta* (Madrid, 1980), con interesante y próxima información.

Nos falta esa visión de conjunto que, tomando el libro de Luis Ríus como soporte, complete la información sobre determinados momentos, los años en España entre 1912 y 1920, los años en los Estados Unidos (1923-1935) y, finalmente, nos ofrezca una imagen viva, cotidiana, de los treinta años (1938-1968) de su exilio en México.

Mi impresión repetida es que el poeta (y algunos de sus amigos) han interpretado la pura biografía a la luz de los versos y nos han ofrecido la experiencia de la vida, su íntimo sentimiento, cuando creían ofrecernos datos. De ahí, por ejemplo, estas palabras entrañables y patéticas de León Felipe que no se ajustan bien a los datos conocidos por otros medios:

«Nunca fui un buen estudiante. Aprendí más en los patios que en las aulas. Parecía, pero no era, de esos universitarios turbulentos y bullangueros. No. No grité jamás en las «huelgas escolares», ni toqué la bandurria en ninguna estudiantina. Y no hice camarillas ni en los laboratorios ni en las bibliotecas. Empecé muy pronto a caminar solo. Mi oficio iba a ser ése: caminar... y dejé que me llamasen peregrino (...).

Ni incivil ni extravagante era. Era un estudiante distraído, de esos que buscan y no

encuentran. Comprendo que fui un problema, un caso para todos los maestros. ¿Qué buscará este muchacho? Y yo no sabía nunca decir lo que buscaba. Un día dejaron de preguntarme. Es el momento más doloroso del hombre.»

(León Felipe: «Datos olvidados en mi biografía», *La Cultura en México*, 299 (1967), págs. 5-6.)

IV. Interés actual por León Felipe

Posiblemente la celebración del centenario del nacimiento de León Felipe habrá atraído la atención de algunos lectores nuevos, aunque es un poeta que siempre tiene lectores. Y al margen de estas oscilaciones en el interés, que son también efecto de las circunstancias, se advierte un efectivo acercamiento de la crítica universitaria a la obra de León Felipe. Lamentablemente esa tarea no se ha visto correspondida todavía con una difusión editorial adecuada, ya que, si exceptuamos de nuevo el libro de Luis Ríos, no hay un estudio de conjunto asequible sobre el poeta, a pesar de ser varias las tesis ya realizadas. En su lugar, incluiré algunas menciones a estos trabajos.

Dentro de unos meses esperamos contar con un extenso volumen que recoja las actas del simposio que se celebró en enero de 1984 en la Facultad de Ciencias de la Información. Estimo que será de gran valor. En calidad de homenaje acaba de aparecer un volumen colectivo (sus autores: A. de Albornoz, L. de Luis, E. Miró y A. del Villar), titulado *El viejo, pobre poeta prodigio León Felipe* (Madrid: Los Libros de Fausto, 1984). Y se prepara un encuentro sobre el poeta en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander, que cuenta en su programa con conferencias, comunicaciones y recitales.

V. Artículos y estudios sobre la obra

1. *Religión y religiosidad*

El breve comentario de Guillermo de Torre al volumen de Margarita Murillo, *León Felipe: sentido religioso de su poesía* (México: Grijalbo, 1966; reed. Col. Málaga, 1968) nos exige de mayores precisiones. Estimo, además, que es ahora José A. Ascunce quien puede establecer un nuevo orden de hondura y rigor en este aspecto, tal como se mostrará en las actas a que acabo de hacer mención y en otros artículos de este centenario. Pero hay trabajos anteriores que forman la historia crítica de los motivos religiosos en León Felipe, tan atractivos porque están sembrados polémicamente por todos los libros del poeta.

Deseo comentar dos escritos, el de Alfonso Junco, «Religiosidad de León Felipe», *Abside*, XXXIII, 1969, págs. 30-35 y el de Williams Little, «Los motivos de Dios y la profecía en la poesía de León Felipe», *Journal of Spanish Studies. Twentieth Century*, 7, 2, 1979, págs. 87-104. Dejo con ello de lado otras muchas alusiones y referencias sobre el mismo tema, que ha interesado prácticamente a todos los críticos. Pero recordemos también el artículo del P. Félix García, «Bajo la cruz sencilla», publicado en *ABC*, 27 de septiembre de 1968, págs. 71 y 72.

A. Junco y W. Little abordan la religiosidad de León Felipe desde las dos